

Pavez, P. (2023). *Levitas. Drama Pentecostal*.
Santiago: Editorial Cuarto Propio. 76 páginas.

DOMINIQUE MANRÍQUEZ MIRANDA

Instituto de Estudios Avanzados
Universidad de Santiago de Chile
dmanriquezmiranda@gmail.com



El libro *Levitas* es el ejercicio de la dramaturga y actriz chilena Paly Pavez de trasladar la obra de teatro a la lectura. El texto (del mismo título) es un ejercicio de tipo autoetnográfico a través del relato de las experiencias vitales de cuatro mujeres que son miembros del coro en una iglesia metodista pentecostal en la comuna de San Bernardo.

177

A través del relato la autora ofrece una mirada contextualizada de cómo un grupo de mujeres pentecostales: Tabita, Claudia, Ruth y Deborah, construye significados y comprende la realidad social a partir de las interacciones entre los miembros de la comunidad religiosa, y cómo estas interpretan y dan sentido a sus experiencias en un espacio altamente jerarquizado y masculinizado. En esta pequeña estructura social (la iglesia) el poder se encuentra en las manos de los hombres: el pastor, el jefe del coro, el predicador entre otros cargos que se observan en iglesias de tipo pentecostal. Así, *Levitas* logra dar cuenta de cómo se configura lo masculino como norma-

tivo para todos los miembros de la comunidad, tanto para mujeres como para niños, niñas y personas mayores.

El libro inicia con el prólogo de Claudia Gómez, directora ejecutiva de Fundación Vasti, y Gustavo Robles, pastor y teólogo pentecostal, quien ha desarrollado su labor académica e investigaba en torno a la violencia eclesial en contra de las mujeres. En el preámbulo se advierte al lector la falta de pretensión del texto en representar la pluralidad del mundo

evangélico pentecostal. Más bien, el objetivo que se busca es retratar particularmente los tipos de violencias que se ejercen hacia las mujeres en contextos religiosos pentecostales, y cómo comienzan a anquilosarse y perpetuarse en el tiempo; con ello, destacan el carácter “profético” o de denuncia contenida en la obra como un reflejo luminoso (p. 10) invitando a generar procesos de reflexión en torno a esta problemática y a la reconsideración del rol desempeñado por las mujeres en la expansión y mantenimiento del movimiento pentecostal en Chile.

En el segundo apartado, denominado “Ellas hablan... de Levitas”, nueve mujeres representantes de distintos espacios del mundo evangélico protestante chileno y la dramaturgia nacional comentan sus impresiones en torno a la obra, destacando la habilidad de representar los distintos tipos de violencia como la simbólica, psicológica, abuso de conciencia y la crudeza de la violencia sexual, no solo desde su pertinencia teórica, sino también desde una mirada vivencial. Cada mujer reafirma que las experiencias relatadas por su autora responden a una realidad no aislada del mundo evangélico pentecostal; por el contrario, es y ha sido más habitual de lo esperado; sin embargo, puesto en tela de juicio por las propias comunidades de fe.

Por medio del tercer apartado, “Desde mi Trinichera”, la autora nos advierte sobre su vínculo con el mundo pentecostal. Se relata que fuera miembro de una iglesia a partir de los nueve años, y reconoce que las experiencias más significativas serán junto a otras mujeres, en los denominados grupos de Dorcas. Pero es también en este mismo espacio, sumado a las predicaciones dominicales, que se instalará en las feligresas el germen de la culpa, el miedo y la vergüenza lo que provoca en cada una de ellas conductas tendiente a la sumisión y a la obediencia irreflexiva.

Luego el texto se dividirá en cuatro actos. La primera escena descrita en el libro inicia con la llegada de Claudia a la iglesia, quién había abandonado la iglesia junto a su madre luego del fallecimiento de su padre. Se encuentra con Tabita, quien representará a lo largo del relato el estereotipo de miembro ejemplar al interior de la comunidad religiosa. A través de los diálogos entre Claudia y Tabita se introduce al lector en torno a la idea de sacrificio en el mundo pentecostal como conducta deseada o esperable para quien pretende alcanzar la espiritualidad o cercanía con Dios; es decir, a mayor nivel de sacrificio en dimensiones como la laboral, afectivo y/o familiar en pos del quehacer de comunidad religiosa mayor es el nivel de espiritualidad. Por lo tanto, la vida religiosa es comprendida como un tránsito de permanente perfección y búsqueda de la santidad, en donde la centralidad de la vida cristiana radica en la atención excesiva de las obras que merezcan la cercanía con Dios y, más aún la salvación (Bedford & Hansen, 2008). El incumplimiento de esta búsqueda trae como consecuencia castigos de distinta índole (familiares, laborales y/o afectivos); se da lugar a la imagen de un Dios castigador y juez central en la obra: “el error de la hermana Esther, y donde tuvo mucha culpa, fue que se puso a trabajar y no estaba en todo el día en la casa y empezó a faltar los domingos a los cultos [...] Por eso Dios puso la mano sobre su matrimonio” (p. 35-36).

La representación de un Ser divino, masculino, omnipresente, omnipotente creador y regidor del universo, y que además se encarga de juzgar e impartir justicia frente a la conducta humana, permite introducirnos a cómo se construye la idea de autoridad en las comunidades religiosas de tipo pentecostal.

La segunda escena da cuenta de las tensiones que se gestan al interior del coro femenino a partir del liderazgo de Tabita, un liderazgo que a pesar de ser ejercido por una mujer se circunscribe en un espacio patriarcal, en donde la imagen de dios varón tendrá implicancias fundamentales en las experiencias vitales de las mujeres, y más aún, en la toma de decisiones las cuales estarán contenidas en la comunidad religiosa y medidas exclusivamente por el pastor o algún hombre que ejerza algún tipo de liderazgo. El liderazgo ejercido por mujeres tiende a replicar las prácticas masculinas con la finalidad de encontrar reconocimiento entre sus pares, sin embargo, se encuentra con importantes resistencias puesto que quienes son sujeto de ser lideradas, quienes legitiman matrices de liderazgo patriarcales como se describe a continuación:

“Oiga hermana, yo sigo el himnario y nos escucho de verdad (directamente a Tabita) ¿Pero sin dirección? Así no es difícil perderse [...] Y no es nada en contra de usted hermana Tabita, pero al hermano Manuel Dios le dio el don de dirigir el coro” (p.46)

179

Otras situaciones representadas se relacionan con la corporalidad de las mujeres, el ejemplo más ilustrativo en la obra será a través del relato de Ruth quién es hija de pastor y describirá a sus tres compañeras de coro situaciones vividas en durante su adolescencia. Se le posiciona discrecionalmente por la misma comunidad y otros líderes religiosos en un lugar de superioridad moral por el parentesco con el pastor de la iglesia, y como resultado de aquello, se le exigirá formas de comportamiento y se le cuestionará arbitrariamente cuando la adolescente no responda a los cánones establecidos

“una vez el pastor Roberto de la Iglesia de Nos, me mando a cambiarme una minifalda que me habían regalado para mi cumpleaños... Me preguntó: ¿Usted viene a la casa del Señor o a una disco, a quién quiere provocar?... Tenía 14 años ¿A quién iba a provocar? Muerta de vergüenza me tuve que ir cambiar. Lo que más me dolió, fue que mi papito se avergonzó de mí” (p.52)

En esta escena se grafica de forma lúcida cómo desde temprana edad se socializa a las mujeres en la culpa, en sujetos responsables de las conductas reprobadas de los hombres. Por otra parte, se observa cómo opera la expropiación del cuerpo femenino, constituyéndose en un “espacio social sobrecargado de valores” (Mansilla, 2020) un territorio de disputa entre los varones y mirado con sospecha por otras mujeres: el cuerpo no les es propio sino de la comunidad religiosa.

Hacia el tercer acto de la obra cobrará relevancia la vida de Deborah, una mujer que se encuentra atravesada por la culpa y el miedo de no contar con una vida personal y familiar exigidos por la comunidad fe y con ello de Dios, sus hijos son caracterizados por las hermanas del coro como desordenados y buenos para comer, además de estar casada con un hombre inconverso, esto trae como resultado en la protagonista del microrrelato una profunda y creciente culpa “Siento culpa [...] cuando era niña era por jugar a la pelota, de adolescente por haberme acostado con un compañero de colegio, de mujer por haberme casado con un hombre que no es evangélico como yo, uno del mundo” (p. 56) Lo anteriormente descrito, se suma a la representación de las prácticas y discursos que se gestan en el grupo de mujeres que reafirman estereotipos de género a nivel familiar en donde el hombre es un proveedor económico y la mujer es la encargada de las labores domésticas y responsable del cuidado de los hijos e hijas del núcleo familiar, imposibilitando a Deborah romper los patrones existentes.

La pregunta que cabría hacer es ¿Qué motiva a esta mujer seguir participando en esta comunidad religiosa? Una de las razones que puedan explicar estas conductas en primer lugar es la naturalización de la violencia en contextos religiosos, sermones que refuerzan la imagen de un dios castigador, juez, iracundo ante el comportamiento humano instalando con ello la creencia en torno a la violencia como algo que no puede evitarse. Robles y Gómez plantean que las mujeres evangélicas pueden llegar a tardar 10 a 11 años en denunciar violencia intrafamiliar. Por otra parte, se debe considerar el rol de las iglesias evangélicas en asumir tareas de interés público como es la ayuda social a los sectores más empobrecidos de la sociedad chilena en donde el aparataje estatal no logra alcanzar.

180

El último acto gira alrededor de la vida de Claudia, cuya madre, tras el fallecimiento de su padre, rehace su vida sentimental. En este microrrelato la protagonista sufre abuso sexual de parte de la pareja de su progenitora. Al comentárselo a la madre, esta decide no dar crédito a los acontecimientos relatados por la hija, lo que provoca que la menor haga abandono del hogar. La verbalización de lo vivido por Claudia provocará la máxima tensión en el grupo de mujeres, lo acontecido no es desconocido por Ruth y Tabita. La crudeza vivida por Claudia no es ajena a la comunidad religiosa, más aún, es contemporánea y es la razón por la que Tabita dirige el coro en reemplazo del Manuel el jefe del coro. El impacto en Deborah (quién no estaba al tanto) provoca una acalorada discusión ¿Qué hacer? ¿No vamos a decir nada? ¿le creemos a las denunciadas? Claudia anima a sus compañeras de coro a organizarse para exigir a la congregación medidas y con ello se inicia una serie de interpelaciones cruzadas que se realizan las protagonistas, Tabita una defensora acérrima de la Iglesia y escéptica a las denuncias de las menores en contra del jefe del coro comienza a persuadir una por una a sus hermanas con argumentos contruidos desde el menosprecio hacia las víctimas, desde la responsabilización hacia las menores por lo acontecido y por sobre todo por el miedo por perder el estatus que le ha otorgado la iglesia:

“Le creemos a las víctimas, pedimos su protección y nos pronunciamos ante la Iglesia... ¿Estamos dispuestas a hacer eso? ¿a sembrar la duda en toda una congregación en base a historias que pusieron de moda esas mujeres feministas [...] porque ahora todas han sido abusadas... Andan desnudas por las calles y después andan llorando por que le pasan cosas” (p. 72)

Levitas es un libro que logra representar la crudeza de las violencias que se gestan al interior de las pentecostales en Chile. Su autora logra visibilizar el fenómeno evitando el uso del lenguaje figurado lo retrata con la honestidad que requiere el abordaje estas temáticas, transformándose en una reivindicación de las víctimas de violencias en contextos eclesiásticos evangélicos protestantes. Este documento, al igual que la puesta en escena, es un aporte para las discusiones en torno a la violencia de género, puesto que aborda un contexto específico. Así, es una herramienta no solo para las iglesias evangélicas pentecostales, sino también para la academia y la sociedad civil ¿Qué sabemos de los abusos de sexuales en iglesias de tipo evangélico protestante? ¿Dónde pueden denunciar las víctimas de algún tipo de abuso? ¿Existen en las iglesias organismos especializados con profesionales capacitados para abordar estas problemáticas? ¿Existen normativas estatales que exijan a las comunidades religiosas contar con protocolos y organismos para el abordaje de las violencias? Son preguntas que surgen luego de su lectura.

* * * * *

Bibliografía

Bedford, N. E., & Hansen, G. (2008). *Nuestra fe: una introducción a la teología cristiana*.

Mansilla, M. Ángel. (2020). *Las feas se van al cielo y las bonitas al infierno. Debates sobre la corporalidad de la mujer joven en la iglesia evangélica pentecostal de Chile (1927-1950)*. *Última Década*, 20(37), 175-200. Recuperado a partir de <https://ultimadecada.uchile.cl/index.php/UD/article/view/56118>

Pavez, P. (2023) *Levitas. Drama Pentecostal*. Santiago: Cuarto Propio. 76 páginas.